

Fue pastor, coccalero, sindicalista y en 2006 se convirtió en el primer presidente indígena de Latinoamérica. Hoy, ocho años después, está a punto de ser elegido por tercera vez. DAVID LÓPEZ viaja a Bolivia y acompaña durante una semana frenética a Evo Morales: sube a su avión privado, entra en su casa y en su retiro de fin de semana, lo observa jugar al fútbol, descubre que tiene siempre varias novias disponibles y habla con él sin rodeos de Chávez, Fidel y el Rey.

Morales lee la prensa a bordo del Falcon presidencial, el mismo avión que el pasado verano retuvieron en el aeropuerto de Viena, sospechoso de llevar a Edward Snowden a bordo.

UNA SEMANA A CON EVO

S

on las cuatro y media de la mañana. Noche cerrada en La Paz. El sol tardará aún dos horas en iluminar las montañas rojizas que rodean la capital política de Bolivia y que imprimen un aire ligeramente marciano al paisaje. Por la céntrica plaza Murillo todavía no pululan ni las palomas

Morales tiene un ritmo imposible de seguir. Desde las cinco de la mañana hasta la medianoche. Jornadas de casi veinte horas en las que encadena reuniones en el palacio de Gobierno, encuentros con sindicatos, viajes por el país e inauguraciones. Una agenda que solo interrumpe cuando sube a su avión y aprovecha para dormir o cuando llega antes de tiempo a una cita en otra ciudad y echa una cabezadita en una habitación improvisada en las bases aéreas donde aterriza. Durante la semana que acompañaremos al presidente lo veremos trabajar sin descanso. De la caravana presidencial a sus aviones privados. De estos al helicóptero. Pie a tierra y vuelta a empezar. De un acto con organizaciones sociales en Santa Cruz a la inauguración de una escuela en Cochabamba.

En esta última ciudad del centro del país, donde el dirigente alcanza su máxima popularidad, aterrizamos el tercer día de nuestro viaje. En la localidad el índice de popularidad de Evo Morales entre la población llega al 93 por ciento, según los resultados de una encuesta reciente. Cochabamba es un lugar especial para él: el refugio donde suele escaparse los fines de semana; donde él mismo, cuando esquiva a la policía responsable de su seguridad, conduce su coche porque al hacerlo es cuando se “siente”, asegura, “de nuevo Evo Morales”. Este es el paisaje donde le esperan “sus novias, que siempre tienen que estar disponibles, porque si no llama a otra”, según me revela una persona muy próxima a este presidente soltero —“casado con Bolivia”, repite él—, padre de dos hijos de madres diferentes sobre quienes me pide no hablar y a quien le gusta flirtear con las mujeres que se le aproximan. Y son muchas. Pero, sobre todo, Cochabamba es la tierra donde

“EL REY ES MI AMIGO, NOS ENTENDEMOS. EL PRÍNCIPE, NO TANTO. ME MIRA RARO”

ni los limpiabotas, pero en el exterior del Palacio de Gobierno, un edificio neoclásico de dos plantas blanco y naranja, hacen guardia en posición de firmes dos policías militares somnolientos, dos soldados Colorados de Bolivia y unas cámaras de televisión.

Las luces de una caravana de coches rompe la oscuridad de la madrugada. Evo Morales llega para comenzar su jornada laboral. Tres Toyotas todoterreno negros rodean un Lexus blindado del que se apea el presidente de Bolivia enfundado en un traje negro sin solapas con adornos florales. No mira alrededor. Y en dos segundos desaparece en el interior del palacio.

El líder del Movimiento al Socialismo (MAS) tiene a las cinco su primera reunión del día con un grupo de alcaldes de pueblos pequeños; campesinos con la piel curtida y *cholitas* con abultadas faldas, chaquetas de lana gruesa y borsalinos. Una hora después Morales abandona a la carrera la sala de este sobrio palacio en cuyos despachos cuelgan con chinchetas fotos del Che Guevara. Y, por primera vez, repara en nuestra presencia. Entonces se detiene y nos saluda. “Se retrasaron”, dice. Sonríe y arranca camino a su segunda cita.

Nacido en 1959 en Orinoca, Oruro, una de las zonas más pobres del país, hijo de una pareja de campesinos que perdió a cuatro de sus siete hijos, pastor de llamas desde los cinco años, acostumbrado a levantarse en mitad de la noche porque su madre les enseñó que “una familia que no sale a trabajar hasta que levanta el sol y que regresa antes de que se ponga es una familia floja”,

posee la casa que compró en 1980 por 1.000 dólares. Una humilde vivienda de una sola planta con forma de ele y en cuya habitación principal, donde me invita a entrar, el jefe de Estado ha instalado una cama de matrimonio con una colcha azul, sofás verde pistacho y, como en el Palacio de Gobierno, un retrato del Che Guevara que observa al visitante desde la pared.

En esta misma estancia estaba el 18 de diciembre de 2005, el día que supo que se iba a convertir en el primer presidente indígena de Bolivia. Sentado en este camastro frente al televisor siguió el resultado electoral. Aquí recibió la llamada de su amigo Chávez para darle la enhorabuena. Empezaba oficialmente su revolución.

Morales es un personaje único. Después de ser pastor, panadero y ladrillero en su Oruro natal se trasladó al Chapare, en la provincia de Cochabamba, y se hizo cocalero (agricultor de coca). Empezó a liderar el movimiento sindical en un momento, los años ochenta, en el que coincidieron allí las demandas de los trabajadores procedentes de las minas y el campo. Reclamaban cambios contra las políticas de unos gobiernos que consideraban neoliberales y corruptos y que habían beneficiado a los intereses extranjeros en lugar de a los bolivianos. Morales capitalizó el descontento de la población. Entró en política en 1997 con el partido Movimiento al Socialismo (MAS) y tras años de ▷



PRESIDENTE DE TODOS

- (1) Evo Morales saluda a obreros y sindicalistas el Día de los Trabajadores. (2) Un grupo de *cholitas* con el atuendo tradicional boliviano escucha un discurso del presidente en un acto de los sindicatos mineros en Potosí. (3) Con la abogada Patricia Hermoso, su jefa de Gabinete. (4) El presidente se prepara en Cochabamba para disputar un partido de fútbol sala con el equipo presidencial, en el que juegan también algunos de sus escoltas.





CERCANO

Con Trujillo, líder del sindicato Central Obrera Boliviana, y el vicepresidente García Linera el 1 de mayo. Dcha., en su casa de Cochabamba.

movilizaciones, la dimisión de dos presidentes y en medio de graves disturbios por las privatizaciones del agua y del gas, asumió en enero de 2006 la presidencia al grito aimara de “¡Causachum coca! ¡Wañuchum yanquis!” [¡Viva la coca! ¡Mueran los yanquis!].

De eso hace ya nueve años. El 12 de octubre se enfrenta a su segunda reelección. Está tranquilo. Me confiesa que lleva semanas soñando que sube montañas y pasea por campos fértiles florecientes. “Y eso significa que me va a ir bien”, dice. Y sonríe mostrando dos hileras de dientes cuadrados.

—¿Cuál ha sido el día más feliz de su vida?

—El día de la nacionalización, porque recuperamos los recursos naturales y la patria. Sentí algo muy especial.

Habla de su gran promesa electoral: el 1 de mayo de 2006, día de los trabajadores, el presidente nacionalizó el gas y el petróleo de Bolivia, los grandes recursos energéticos del país. “Se acabó el saqueo de los recursos naturales. Si antes las petroleras se llevaban un 82 por ciento de los beneficios, ahora solo se llevarán un 18, y el 82 por ciento será para el Estado”, dijo entonces. Morales había declarado nullos, entre otros, los contratos que existían con la española Repsol YPF, una empresa con la que ahora dice entenderse bien y que, según me cuenta, le ha pedido al Gobierno boliviano ampliar hasta 2050 su contrato con el país. “Ya veremos...”, reflexiona él en alto. Los gobiernos europeos criticaron abiertamente las expropiaciones de Morales. Sin embargo, me cuentan que el líder francés Jacques Chirac le confesó entonces: “Tu pueblo

ha tenido que esperar 500 años para que alguien venga y le devuelva su honor. No le hagas caso a la prensa, hazle caso a tu corazón”.

—Sus medidas fueron muy controvertidas porque las empresas alegaban que invertían en el país y porque fueron realizadas por decreto. Además de que envió usted a las fuerzas de seguridad a las plantas de gas. ¿Cree que lo hizo correctamente?

—Sí, estoy muy contento. Dijimos que no podía haber dueños de nuestros recursos, sino socios. Y ahora tenemos como socios a empresas como Petrobras o Repsol.

—Los informes del Gobierno español y de las agencias de riesgo dicen que no es seguro invertir en Bolivia hoy.

—Dicen eso pero siguen invirtiendo... Hemos aprobado una ley para la inversión con seguridad del sector privado interno y externo. Porque nosotros no dijimos que no quisiéramos empresas privadas, sino que queríamos que fueran nuestros socios. Y pedimos también que no se metiesen en conspiraciones políticas.

Aquel día de 2006 fue el único, me cuenta, que ha usado un chaleco antibalas. Lo hizo cuando acudió a una de las plantas de gas y porque la policía insistió. Nunca antes lo había utilizado. Ni siquiera en sus años más duros como sindicalista, en el momento en que la CIA, dice, “conspiraba” para acabar con él. O en los convulsos primeros meses de 2005, cuando, asegura, desde los sectores más conservadores del país, a los que más perjudicaría su ascenso, intentaron matarle en tres ocasiones. “Yo quería irme de Bolivia, pero no sabía cómo ni por dónde. Al final me tendieron



“NO ME FÍO DE MIS MINISTROS. A VECES SE LES OLVIDAN LAS COSAS O NO ME CUENTAN LA VERDAD”

una emboscada, pero me refugié en el consulado de Cuba. Entonces recibí un mensaje en mi teléfono: ‘Has salvado la vida, cabrón’.

—¿Siente hoy que aún vive en una conspiración continua?

—Ya no. Desde las elecciones de 2009 la situación ha cambiado. Tenemos estabilidad política y económica. Antes desde *arriba* [dice en referencia a EE UU] conspiraban contra gobiernos o movimientos sociales antiimperialistas para provocar problemas políticos, revoluciones y golpes de Estado. ¿Y para qué? Para que estuviéramos enfrentados entre nosotros mientras nos seguían saqueando los recursos naturales.

El rostro del presidente es un enigma. Según cómo se mire resulta una persona diferente. Desde la distancia, cuando se le observa concentrado, parece un hombre mayor, un indio sabio que escudriña el horizonte. Pero inmediatamente cambia el gesto y Morales, con una potente presencia, de frondoso pelo negro azabache, cabeza ancha y grandes pómulos, con la nariz aplastada, se convierte en un boxeador de piel dura y cobriza y ojos estrechos. Y en la distancia más corta, al hablar con él, de repente se transforma en un niño grande de sonrisa traviesa y una dosis de ingenuidad que no parece fingida. Un hombre que bromea sobre mujeres y fútbol y que cuando no entiende algo o prefiere no responder simplemente guarda silencio. Alguien que gesticula con sus manos de dedos anchos y uñas

cuidadas. Que toca a su interlocutor mientras habla. Habitado a la cercanía, al contacto, a la calle.

La Corona y Yo

Morales se ha cambiado de ropa antes de abandonar el palacio. Tiene dos uniformes. El institucional, ese traje sin corbata y adornos florales que viste sobre todo en la sede del Gobierno. Y el de *batalla*. Pantalones negros Levi's, camisa de rayas o cuadros de manga corta, con bolsillo para guardar el rotulador negro con el que toma innumerables notas y firma autógrafos, y una cazadora de cremallera de cuadros grises. Hoy viajamos en su Falcon X900. El *jet* que “secuestraron”, como dice él, el pasado verano en Austria porque supuestamente Edward Snowden viajaba a bordo. Un incidente que aprovechó para jugar al ajedrez y que le enfadó, sobre todo, porque le obligó a cambiar una reunión con sus ministros.

Hablamos de fútbol. Morales se confiesa un hinchita del Real Madrid y del Barcelona, aunque afirma que lo hace “para quedar bien con los dos mejores equipos del mundo”. En realidad es del equipo blanco, al que veía jugar cuando era pequeño. Y cuyas eliminaciones pasadas en la Liga de Campeones dice que lamentó, “quizá porque aún tengo algo de español”.

El presidente es un futbolista empedernido. “Preferiría que le dijeran que es un dictador a que es un mal jugador de fútbol”, me había comentado una persona cercana a él. De repente Morales eleva la pierna izquierda y posa sobre el asiento su pie >

izquierdo. Se sube la pernera del pantalón y enseña los moratones que le dejan las patadas en las pantorrillas sus rivales en la cancha de fútbol. El único momento, parece, en el que alguien se atreve a ir contra el presidente. Tres o cuatro noches a la semana, a las diez, se entrena una hora en una academia de policía cercana a su residencia oficial, un chalé sin lujos aparentes en una colonia de casas. La víspera, me cuenta orgulloso, después de correr durante una hora hizo 160 abdominales. Le digo que no está mal, pero que el expresidente José María Aznar le supera con creces. Y me mira sorprendido. Después me pregunta por Zapatero. “¿Qué hace ahora? “Él corre, ¿verdad?”. Por Aznar no pregunta.

—¿Cómo se lleva con el rey Juan Carlos?

—Bien, el Rey es mi amigo, nos entendemos. Con el príncipe no tanto. Me mira raro.

—¿A qué se refiere con raro?

—...

Sonríe. Gira la cabeza y mira por la ventanilla del avión.

Al día siguiente le volveré a preguntar, pero obtendré el mismo silencio. Morales ha visitado España en seis ocasiones. La primera de ellas en 2006, tras ser elegido. Entonces llegó a Europa, siendo “nuevito” en todo, como decían sus ministros, con un colorido jersey de lana de vicuña. Un exotismo y un desafío a los trajes oscuros y las corbatas de los dirigentes europeos. Prendas que, además, Morales nunca había empleado. Aquel jersey, la chompa, como lo llaman en Bolivia, fue una anécdota accidental. A Morales se lo regalaron pocos días antes del viaje y lo echó a la maleta a última hora, porque viajaba del verano boliviano al invierno europeo. Hoy ríe cuando lo recuerda. “Aún lo uso a veces”, me dice.

—¿Qué opina de la Corona española hoy?

—Aunque yo no comparto un mundo donde haya monarquías, oligarquías o jerarquías, la respetamos y tenemos buenas relaciones de amistad.

—¿Cómo es su relación con el Gobierno de Rajoy?

—También buena. Siempre vamos a respetar a presidentes que salgan de las elecciones de cualquier país del mundo. Tenemos nuestras diferencias pero respetamos a su presidente.

—¿Cómo podrían mejorar?

—Si España fuese el país que abriera las puertas de Europa a Bolivia. Eso ayudaría.

—¿Lo han solicitado de alguna manera?

—No. ¿Cuál es la forma? Si países como Suiza o Dinamarca quieren cooperar con Bolivia, sería bueno que España liderase ese encuentro. O podría favorecer una reunión entre el presidente de Bolivia y el Parlamento europeo. También creo que Europa debería unirse en el tema de la tecnología y abastecer a Latinoamérica en lugar de que nosotros la busquemos en Norteamérica o Asia. Pero creo que la mezquindad de algunos gobiernos, por mirarme como al indio, como al antiimperialista, y querer alejarse de mí, hace que Europa pierda una oportunidad de negocio.

—¿A qué países se refiere?

—A Europa. No digo más. No me enfrente con nadie.

La Toma del Palacio

Es 1 de mayo y el presidente encabeza la manifestación en La Paz del Día de los Trabajadores junto a los sindicalistas. Cuando una hora después la marcha llega a la plaza Murillo, desbordada de gente que le espera, Morales entra en palacio mientras una avalancha trata de irrumpir en el edificio. (CONTINÚA EN LA PÁG. 158)

Morales desciende de su jet. En cada ciudad le recibe un alto mando de las fuerzas armadas que le informa sobre si hay algún contratiempo en la ciudad.



“OBAMA ME DIO LA MANO
CUANDO NO ESTABA LA PRENSA.
PERO LUEGO DELANTE DE TODOS ME LA NEGÓ.
¿ESO QUÉ ES? NO LO ENTIENDO”.

Evo Morales



(VIENE DE LA PÁG. 70) Los escasos policías y militares los frenan como pueden. Pocas imágenes tienen tanta carga simbólica: trabajadores e indígenas —la población mayoritaria de uno de los países más pobres de Latinoamérica—, intentan acceder al palacio junto al presidente.

Dentro, Morales charla animadamente con los líderes sindicales y con el vicepresidente Álvaro García Linera, un elegante hombre de piel blanca y cabellera plateada con aspecto de político norteamericano. García Linera (más radical que Morales, partidario de la lucha armada en el pasado y encarcelado en los noventa) es el principal asesor del presidente. De quien más se fía. Con quien ha trabajado estos nueve años todos los días y con quien preparó en secreto, como me cuenta el presidente, en un apartamento de la ciudad, aquel decreto de las nacionalizaciones del primero de mayo de 2006.

Morales está exultante. En breve anunciará una subida del salario mínimo y de la asignación de los funcionarios. En 2006 él mismo se redujo el sueldo un 50 por ciento, ahora el incremento también le beneficiará: cobrará 2.000 euros al mes, aunque seguirá siendo el presidente peor pagado de Latinoamérica.

La Revolución de Evo

“Lo que está haciendo Bolivia hasta ahora es excelente. Pero todavía falta. No solo hay que sacar a la gente de la pobreza, sino mantenerlos en un nivel de clase media. Para ello es necesario manejar la situación con responsabilidad y criterio. Y ellos lo han conseguido”, me explica Faris Hadad-Zervos, responsable del Banco Mundial en el país. Morales siempre ha criticado la influencia negativa de instituciones como el Fondo Monetario Internacional o el Banco Mundial, que daban “recetas”, decía, a su país. Pero, aunque el FMI sigue siendo el enemigo, su relación con el Banco Mundial

ha cambiado. Ambos son hoy, como concede ya abiertamente el presidente, “socios”. El dirigente ha moderado así su discurso más radical contra toda influencia para recibir también asesoramiento económico y el apoyo de esta organización. Sin cambiar su modelo original, ha realizado un viraje hacia una política más “pragmática, como la define Hadad-Zervos”.

Las cifras respaldan su gestión. Desde que llegó al palacio en 2006, el país ha triplicado su PIB, ha tenido un crecimiento medio, a pesar de la crisis económica global, del cinco por ciento y el índice de pobreza se ha reducido desde el 63 al 45 por ciento. Lo más interesante, sin embargo, no son los números, sino ver cómo Morales implementa su modelo de incipiente revolución industrial para que el Estado explote los importantes recursos naturales del país (gas, petróleo, estaño, litio. . .) y de desarrollo rural para evitar el éxodo a las ciudades. O el plan de ayudas



UN HERMANO

El presidente recibe el abrazo de un trabajador. “No me llamen señor presidente, mejor hermano”, repite él.

con bonos que el Gobierno da a los más débiles, desde los ancianos o los niños a las mujeres embarazadas para combatir la alta mortalidad infantil.

El presidente hace todo este trabajo en solitario. Viaja solo, sin ningún asesor ni secretaria. Respaldado desde palacio, a través del teléfono, por su jefa de Gabinete, Patricia Hermoso. Una joven licenciada en Derecho que sabe que “lo más importante es llevarle bien la agenda, porque se enfada si se cruzan las citas o no se le recuerda un compromiso. Tampoco se le puede mentir, porque no lo soporta”. En ocasiones Morales se hace acompañar por alguno de los 21 ministros de su Gobierno, que le llaman “jefe” y le tratan con un respeto que pivota

desde la pleitesía absoluta hasta el temor. Pero el presidente me cuenta que prefiere ir solo y no delegar: “No me fío de ellos. A veces se les olvidan las cosas o no me cuentan la verdad”.

Lo más llamativo, además de esa incapacidad para delegar, es su omnipresencia. Morales está en la calle, con los sindicatos, con los movimientos sociales, con las comunidades. Involucrado desde los proyectos locales de riego a la supervisión de obras de nuevas escuelas. ¿Un pabellón deportivo? Él lo aprueba. ¿Que lleguen dos millones de dólares de ayuda del Gobierno chino? Él lo reparte entre los sindicatos. Todo lo decide él. Ejerce un control y un uso de los fondos públicos que la oposición, hoy desestructurada, califica de “opaco”.

No son las únicas críticas que recibe: fue acusado en 2011 de querer controlar el poder judicial a través de sus votantes cuando implantó el sufragio universal para la elección de jueces.

Y, a pesar de su alto índice de aprobación en todo el país, también ha sufrido cierto desgaste entre sus bases, como comprobamos durante nuestro viaje con las protestas de 720 militares expulsados del ejército por denunciar públicamente una supuesta discriminación en las fuerzas armadas.

Pero si hay una bestia negra para Morales ese es “el imperio” estadounidense. Un país cuyo embajador fue expulsado de Bolivia en 2008 acusado de “conspirar”, con el que apenas mantiene hoy relación. En estos

años, de hecho, solo ha coincidido en una ocasión con el presidente Obama, me cuenta. Fue en una cumbre en Trinidad y Tobago en 2009. “¿Ve? Ese es otro problema. Cuando no estaba la prensa delante, me dio la mano. Pero luego delante de todos me la negó. ¿Eso qué es? No lo entiendo. Es la mentalidad imperial. Pero la ventaja que tenemos es que esa forma de actuar y de pensar está en decadencia”.

Estados Unidos, a su vez, censura hoy la que considera una lucha insuficiente contra el narcotráfico. Bolivia es uno de los grandes productores de coca del mundo junto con Perú y Colombia. Y Morales reclama en cambio, para ser más eficaz en el combate contra los cárteles de la droga, “un apoyo tecnológico y una responsabilidad compartida” de los países europeos y norteamericanos donde más cocaína se consume.

—No todos los problemas de Latino-

américa son responsabilidad de EE UU, ¿no? Entre los países de la región también hay muchas tensiones. . .

—Sí, todavía el imperio perjudica. Hay presidentes del Gobierno que son proimperialistas y procapitalistas y obstaculizan el proceso de integración. Si no los hubiera, la liberación y la integración serían rápidas.

—Brasil también es un país de grandes intereses empresariales. Incluso con Lula como presidente usted expropió Petrobras.

—Y quizá a eso se deben los levantamientos que estamos viendo ahora allí. . . Aquí ha habido mala experiencia con las empresas brasileñas. Pero es que una cosa es reducir la pobreza y otra que el Estado controle la economía. Lamentablemente en algunos países de Latinoamérica y el Caribe, y no quiero mencionarlos, no gobiernan sus presidentes, sino los bancos y empresas. Igual que en Estados Unidos.

—¿Le ha perjudicado alinearse con países como Venezuela o Cuba?

—No, jamás. Los primeros años sin Cuba y Venezuela este proceso se hubiese paralizado. Gracias a ellos estamos donde estamos.

—¿Siente que en algunos países lo han utilizado a usted de símbolo para sus propias causas?

—Yo lo que siento es que tengo una gran deuda por haber usado a Fidel y a Chávez para esta revolución.

Como a algunos de sus colegas latinoamericanos, a Morales se le ha acusado hoy de promover una reforma constitucional que, además de reconocer la importancia del pueblo indígena, la laicismo del estado o las lenguas del país, entre otras cosas, también facilitaba su reelección. El Tribunal Constitucional de Bolivia autorizó en abril de 2013 un tercer mandato.

—¿Dudó en volver a presentarse?

—Yo quería ya irme. Pero me lo pidieron desde las organizaciones sociales. Y como aún tengo fuerzas. . .

—¿Dice de verdad que quería irse?

—Sí. Me encanta la tierra. Y mi mayor deseo es volver al campo, a mi terreno en el Chapare.

—¿Así que mientras se lo pidan se seguirá presentando?

—No, no creo. Hasta aquí *nomás*. Yo recomendaría que si las autoridades electas quieren hacer servicio tiene que ser mientras sean jóvenes. No tanto por mandatos, sino por edad, hasta los 60 o los 62 años.

—¿Y Fidel?

—Bueno, Fidel últimamente solo tenía ya que preparar sus discursos. Pero no sabía lo que estaba pasando. Eso al menos me comentaron. □